

la vez, la noción a la cual se reduce toda inteligencia; por otro, la primacía absoluta del *esse* como acto del ente. Caldera transcribe diversos textos de Santo Tomás que ponen de manifiesto el significado del ente como lo que es en acto, como aquello actualizado por el acto de ser, sin que esto implique desconocer que la división del ente en ente en acto y ente en potencia también nos permite concebir como ente todo aquello que, no siendo en acto, puede ser, aunque de hecho no sea y aun cuando jamás adquiriera actualidad alguna *in rebus*; e. gr.: las quimeras.

Caldera destaca que la primacía noética del concepto de ente decide tanto el despertar de la inteligencia cuanto la raíz del mismo conocimiento metafísico en virtud de la coincidencia del objeto formal común a todo entendimiento y del sujeto sobre el cual versa la filosofía primera. Esta justa apreciación, sin embargo, parece resentirse un tanto por la intromisión de un criterio según el cual la noción elemental de ente sería la primera concepción intelectual equiparada a un "principio de consciencia", término éste que no suena del todo apropiado para aludir a la intelección primaria del ente, sobre todo por las connotaciones que la mención de la conciencia posee en el lenguaje moderno. Seguramente, Caldera reconocerá que el empleo de la palabra *conscientia* en los escritos del doctor Angélico apunta a una significación bastante más restricta y específica que aquélla vulgarizada después de la Edad Media.

El estudio emprendido por Caldera se atiene en particular a la faz gnosológica de la percepción intelectual del ente y a su incidencia inmediata en la organización del razonamiento epistémico de la metafísica. Registra inclusive los textos más importantes de Santo Tomás enderezados a exhibir la estructura lógica de las operaciones mentales que desembocan en la intención formal de ente, pero ha prescindido de los aspectos psicológicos que explican el origen de la concepción de lo que es en cuanto sea, tenga ser o pueda ser. No obstante, el libro contiene una presentación clara y acertada de la captación del ente en común como la inteligencia primigenia con la cual despunta la especulación metafísica llamada a coronarse en una inteligencia del ser tal como puede ser alcanzada por la ciencia del ente en cuanto ente.

MARIO ENRIQUE SACCHI

EDUARDO MARTIN QUINTANA, *El marxismo paradójico de Antonio Gramsci*. Prólogo de Juan Luis Gallardo. Librería Huemul, Buenos Aires, 1990, 218 pp.

El interés sobre el pensamiento de Gramsci se fue revitalizando por motivos ajenos a la filosofía. La tres razones que más han pesado en ello han sido de índole puramente política: las dificultades cada vez más notorias para llevar a la praxis la utopía colectivista ideada por Marx y Lenin, la fragmentación interna del comunismo después de la muerte de Stalin y la seducción que exhalaba la variante gramsciana como un camino apto para entronizar el marxismo por una vía incruenta acomodada al espíritu burgués de la *gauche* occidental. Pero el innegable suceso de la literatura de Gramsci a par-

tir de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo a partir de la crisis del stalinismo, no es atribuible más que a la maleabilidad de sus fórmulas en el campo de las confrontaciones cívicas, porque los escritos de este autor en ningún momento alcanzan una estatura que permita apreciar en ellos una obra filosófica formalmente tal.

Gramsci no fue un filósofo. Su pensamiento le pinta simplemente como un ideólogo empeñado en traducir el marxismo en un esquema pragmático adecuado a circunstancias históricas que le permitieran obtener sus objetivos de dominio político sin incurrir en los procedimientos recalcitrantes de su versión soviética. En el fondo, el proyecto de Gramsci buscaba mimetizar el marxismo con los principios de la democracia occidental mediante la exposición programática de dicha ideología en términos aceptables para las sociedades pluralistas de Europa y América. De ahí que la fuerza de la ideología de Gramsci descansa en el diseño de una revolución cultural ordenada a la "concientización" de las masas y de las clases dirigentes empleando el mismo lenguaje y los mismos medios de educación y comunicación social adoptados por quienes habrían de ser ganados para la causa de un comunismo despojado de los elementos irritativos de sus formas extraoccidentales.

Este panorama del gramscismo acaba de ser desarrollado con pericia por Eduardo Martín Quintana en uno de los libros más esclarecedores que hayamos leído en torno del asunto que nos ocupa. El texto incluye una presentación general de la ideología de Gramsci (pp. 27-49), una reseña biográfica seguida de una descripción de la evolución de su pensamiento (pp. 41-66), un sumario de la concepción gramsciana del estado y de la acción política (pp. 67-117), la puntualización del sentido de la revolución cultural propugnada por el ideólogo (pp. 119-166), y un compendio del significado del gramscismo a la luz de los principios que alimentan su noción de la praxis (pp. 167-203). El libro se cierra con el juicio de Quintana referente a la acogida reciente de la ideología de Gramsci. Allí señala la contraposición de esta ideología con la auténtica ciencia política, que no puede ser sino un saber afianzado en el respeto a las leyes que rigen la vida humana individual y social y, por tanto, enraizado en fundamentos metafísicos incompatibles con las veleidades percibidas en aquella ideología.

MARIO ENRIQUE SACCHI